

que penden del ramaje; establece su domicilio cerca de los pinabetos, y cuando la nieve se lo permite, visita los árboles uno tras otro. De vez en cuando encuentran las gamuzas abundante alimento en los haces de heno que se dejan al aire libre en ciertos países de los Alpes: numerosas manadas se reúnen al rededor de aquellos, y comen lo suficiente para formar una guarida donde preservarse de la tempestad. «No es probable, dice Tschudi, que se mueran de hambre las gamuzas durante el invierno; pero los cazadores expertos saben demasiado bien que durante un invierno rígido sucumben en un territorio que sea muy limitado, muchas veces docenas y hasta centenares de estos animales. En el coto al rededor de Wildalpen en la Estiria superior, que comprende mas de 20,000 mojadadas austriacas y en que el derecho de cazar pertenece actualmente al príncipe de Hohenlohe y al conde de Wilczek, mueren cada invierno unas 40 gamuzas y en el invierno del año 1874-75 se encontró triple número de individuos muertos sin duda de hambre. Es verdad que no sufrieron en tan alto grado como la demás caza, que perdiendo sus fuerzas y su valor á causa de la carencia de alimentos acercóse hasta á las casas, pudiéndose encerrarla en los establos del ganado; con todo, las pérdidas fueron tan considerables, que sin duda será menester un largo tiempo de veda antes que puedan repararse.

Las gamuzas están expuestas á muchos peligros y tienen numerosos adversarios: no son los únicos el hombre y los carnívoros; los desprendimientos de las rocas y los de grandes masas de nieve ó los aludes exterminan á veces manadas enteras: las gamuzas saben todo esto, y buscan los sitios donde puedan preservarse. Las enfermedades contagiosas son también muy perjudiciales para sus manadas.

El lince, el lobo y el oso se encarnizan con estos rumiantes: una gamuza, perseguida por un oso hasta un pueblo de la Engadina, halló refugio en una leñera: durante el invierno está el lince siempre en los bosques al acecho de las gamuzas; y cuando estas bajan de las altas regiones, sucumben algunas, devoradas por los lobos.

Sin embargo, hay otros carnívoros aéreos mucho mas peligrosos para estos rumiantes: el águila y el gipeto se ciernen sobre la manada que padece tranquilamente, y caen de improviso sobre ella. La segunda de estas aves arrebató á un pequeño antes que la madre pueda defenderle; y el águila ahuyenta hasta el abismo al individuo adulto que padece al borde del precipicio.

El hombre es, no obstante, el mas temible enemigo de estos animales: los persigue en las mas elevadas regiones, hasta en sus mas apartados retiros; los sigue por los senderos mas peligrosos, y su mayor placer es atravesar á la gamuza de un balazo, esto en los países donde las leyes de caza no se lo impiden; sin embargo los valientes hijos de las montañas desprecian estas leyes, razon por la cual las gamuzas han disminuido notablemente en todos los parajes donde se las caza; al contrario, en los sitios donde no son perseguidas, se propagan de una manera fabulosa.

CAZA.—En todo tiempo ha sido la caza de la gamuza uno de los mas nobles placeres: el emperador de Alemania, Maximiliano, las persiguió con ardimiento hasta las alturas; y solo por un milagro, segun cuenta la tradicion, pudo volver á encontrar las viviendas humanas. Despues de él, pocos príncipes alemanes se dedicaron á esta caza con tanto empeño: los arzobispos se complacian en ella, y decretaron leyes para conservar y proteger las gamuzas, que iban escaseando cada vez mas; pero en la época en que se creia en la virtud del bezoar, perseguíanlas sin compasion. Despues siguió un período de tregua, de cerca de un siglo: entre los grandes de la tierra, el archiduque Juan de Austria fué el primero que

volvió á emprender esta caza, y despues de él, los reyes de Baviera, y algunos de los magnates y grandes duques alemanes.

Los territorios en que mas abundan las gamuzas son propiedad del emperador de Austria, del rey de Baviera, de varios archiduques de la casa imperial y de muchos ricos magnates del imperio austro-húngaro, y se encuentran bajo la vigilancia de cazadores inteligentes, que en su mayor parte viven en el centro de los distritos, y por consiguiente, se celebran anualmente unas cacerías tan interesantes como provechosas.

A la amabilidad del conde Juan de Wilczek debo el haber pasado algunos dias muy divertidos en el citado coto al rededor de Wildalpen, durante cuyo tiempo he tenido la suerte de matar mas de una buena gamuza: sin embargo, no considero bastantes las pruebas y observaciones que en esta ocasion hice para poder escribir sobre tal caza; por lo tanto, prefiero dejar el uso de la palabra á un cazador antiguo é inteligente, Francisco de Kobell, cuya descripcion estoy dispuesto á confirmar punto por punto.

«Sobre la caza de las gamuzas, dice este excelente cazador y observador, se ha escrito muchísimo, y muchas veces lo ha hecho alguno que apenas ha visto una ó dos cacerías, describiéndolas, segun sus impresiones de momento y segun los accidentes ocurridos, como las mas peligrosas de todas; otros las han representado como si solo fuesen batidas de liebres ó corzos. Es propio de la naturaleza de las regiones en que esta cacería se verifica, que sea mas accidentada que la mayor parte de las otras, pero en cuanto á los peligros á que el cazador se expone, debe considerarse la manera de proceder y las circunstancias que concurren. El que haya asistido á muchas de estas cacerías, difícilmente se habrá eximido de un sentimiento de horror al pasar por una pendiente ó por un desfiladero, cuando súbitamente se desprenden sobre él las piedras removidas por las gamuzas fugitivas, de modo que apenas puede resguardar su cuerpo bajo una roca saliente; sucediendo lo mismo cuando se persigue á una gamuza herida por un sitio donde las fatales consecuencias de un paso ó salto que no pueden evitarse, se presentan á la vista si estos no se dan con toda serenidad. Causa entonces un sentimiento extraño el seguir con los ojos la piedra que movida por el pié se precipita con ruido al abismo, donde se hace mil pedazos; al propio tiempo debe uno recordar que el cazador no puede muchas veces sacar la gamuza del sitio donde murió, sino cargándosela á la espalda y descendiendo por un desfiladero escabroso á través de una pendiente de rocas, y todo eso sin un compañero, lejos de todo auxilio y obligado á confiar en sí mismo, en su habilidad y valor.

«Es necesario saber trepar por experiencia y ejercicio. El que quisiera, por ejemplo, bajar por una pared de la manera que se hace por una escala, es decir, con la cara vuelta contra la roca y agarrándose con manos y piés, pondría su vida en inminente peligro, porque no veria el sitio donde quisiera poner el pié, sino que tan solo podría tocarlo con él, sin saber lo que seguirá despues. En estos casos es menester sentarse y sostenerse con las manos en esta posicion, mirando hácia abajo para averiguar los lugares que parecen propios para ofrecer un punto de apoyo á los piés, porque solo de este modo es posible combinar el plan del descenso. Hasta la escopeta y el palo sirven muchas veces de gran estorbo, viéndose el cazador obligado á tirar el segundo, siempre que tenga la seguridad de poderlo recoger, por cuanto es de gran utilidad y el hombre se ve muchas veces apurado, cuando en tales sitios se le escapa y pierde.

«Mientras haya puntos salientes á que agarrarse y no tenga el cazador que saltar ó correr, la empresa no es tan difícil;

pero cuando ya no es posible cogerse con las manos y es necesario caminar por alguna altura pendiente y estrecha, ó correr por un foso escabroso y salvarle de un salto, el peligro de la expedicion aumenta y entonces es cuestion de no fijarse en él y de no tener miedo. Hay casos en que es mucho mas peligroso andar con cautela que dar un par de pasos ágiles; al que tema darlos le valdrá mas retroceder, si bien esto es á veces peor que seguir avanzando.

»Todos estos peligros aumentan ó disminuyen en circunstancias en que uno vaya solo ó acompañado, pues llevando compañía se salvan con facilidad caminos que parecen amenazadores y terribles para uno solo. En este caso no es el auxilio del cazador lo que aumenta el valor, sino mas bien

la seguridad de que el camino es practicable y la indicacion de las huellas que se deben seguir. Los palos con regaton de hierro no deben usarse sino con precaucion y sobre todo en las pendientes donde haya yerba; pero demasiado fácilmente se acostumbra uno á usarlos y yo conozco trepadores excelentes que raras veces se sirven de ellos, á no ser en terreno helado ó cuando tienen que llevar una pesada carga. Además las pendientes cubiertas de yerba no son peligrosas sino cuando son muy escabrosas, ó están mojadas por la lluvia ó nieve y tambien cuando están muy secas. Cuando en su extremo inferior se encuentra una cornisa son mucho mas peligrosas, pues si en semejante pendiente llega á caer el cazador de espaldas, puede darse por perdido, si no se

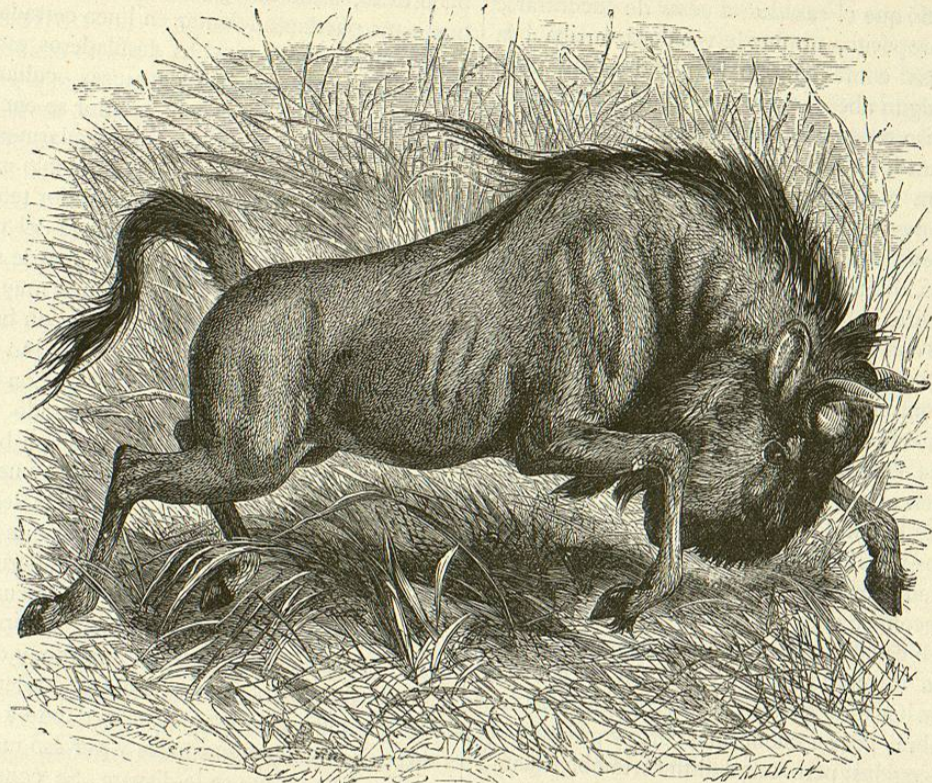


Fig. 248. — EL CATOBLEPAS GNU

vuelve en seguida boca abajo y se agarra á la yerba. Es en efecto verdaderamente notable el escaso número de desgracias que suceden al trepar, y cuando acontecen es pocas veces durante la caza, sino mas bien al coger la presa muerta. En sitios en que el peligro es evidente, no hay que temer tanto una desgracia, porque el trepador procede con mayor cautela y tiene muy en cuenta que si llega á caer y deslizarse, no siempre le es posible encontrar un punto de apoyo, en cuyo caso no hay salvacion para él. Los sitios mas peligrosos son las paredes lisas y pendientes de roca; para andar por ellos es mejor quitarse el calzado y quedarse con las medias solamente, ó mejor aun descalzo.

»Por lo dicho se comprende que para poder emprender tales excursiones se ha de tener la cabeza firme y no padecer vértigos; sin embargo, hay circunstancias en que hasta el hombre mas experimentado los padece. Yo he asistido á mas de doscientas cacerías de gamuzas y me he encontrado en situaciones en que no quisiera encontrarme de nuevo; no recuerdo haber sufrido vértigos al trepar ó andar por las vertientes, pero si los he tenido varias veces al estar sentado en un lugar peligroso mirando continuamente á un abismo.

»En este caso un trago de ron, coñac ó de otro licor espirituoso, es el mejor remedio, pero tambien lo es el aspecto de

las gamuzas, cuando se acercan. Recuerdo uno de estos casos, en que el lugar donde yo me hallaba estaba situado sobre una cima entre dos precipicios profundos, donde apenas tenia sitio bastante para sentarme. Habia estado allí casi tres horas, y sintiendo que me iba á sobrecoger un vértigo quise cambiar de sitio, cuando súbitamente saltaron cinco gamuzas al precipicio; al punto desapareció el vértigo y maté un robusto macho, siguiéndole con la vista muy despejada, cuando cayó rodando por el abismo.

»No vayan mis lectores á creer, por lo dicho, que las gamuzas y los cazadores andan siempre por las pendientes como las monas por las paredes. Muchas veces les es tan favorable el terreno, que no se necesita mucha experiencia y trabajo para apoderarse de la presa, sobre todo en una batida, cuando las gamuzas van por un sendero de los Alpes ó por un distrito cubierto de bosque, ó por fin, por el fondo de un valle. Apenas puede darse caza en que las peripecias sean mas variadas.

»Es bastante difícil matar un buen macho cuando el cazador va solo; la casualidad, que frustra muchas de estas cacerías, favorece á otras; sobre todo los cazadores de oficio llegan en sus numerosas expediciones á tener muchas veces á tiro la pieza allí donde menos lo piensan. Esta caza exige

bastantes requisitos previos; es menester observar por la mañana muy temprano desde un lugar á propósito la llegada de las gamuzas, para ver donde se coloca el macho, que por lo regular suele ser sobre una roca saliente debajo de una pared, desde la cual descubre una vasta extension de terreno. Conocida ya del cazador esta circunstancia, debe abandonar tan cautelosamente como le sea posible su observatorio y esperar hasta que el sol esté bastante alto, y que el viento se remonte á las regiones superiores; entonces sube hasta ponerse por cima del lugar donde se halla el macho, á cuyo efecto tiene á veces que dar muchos rodeos para llegar á la pared, debajo de la cual se encuentra la gamuza; entonces se desliza, arrastrándose, siempre dispuesto y apunta desde arriba. Sucede á menudo que el cazador, á pesar de encontrarse en el sitio mas á propósito, no puede ver desde arriba á la gamuza que descansa; como cuando la pared es un poco pendiente ó hay algun abeto enano que intercepte la vista; entonces le es preciso esperar hasta que el animal se levante voluntariamente para ir en busca de su alimento, ó tirar piedrecillas abajo para obligarle á que salga. Pero á pesar de todas las precauciones, muchas cacerías se hacen en vano.

»Segun la existencia de gamuzas que haya se matan ya solo machos fuertes, ó tambien hembras é individuos mas jóvenes. Es á veces difícil conocer cuál es el macho; pero esta dificultad se vence con ayuda de un buen antejo y cuando se tiene tiempo suficiente para observar. Con bastante facilidad se distingue entonces el macho de la hembra por los cuernos fuertes y encorvados del primero, que lo son tanto mas cuanto mas viejo es. Cuando uno puede acercarse lo bastante se reconoce tambien el pincel, consistente en algunos pelos largos. Otra cosa es la batida; pues aun cuando no debe tirarse mas que á los machos, puede considerarse como regla general que tambien se mata una hembra adulta y solitaria, si el cazador no la reconoce como tal por sus cuernos delgados y menos corvos; en este caso siempre es una hembra que ya no es propia para la reproduccion, y que por lo tanto no tiene mucho valor. Cuando se acerca un grupo, es menester distinguir las hembras por su cuello mas corto y grueso y por las formas mas recogidas; pero estas últimas tambien caracterizan al macho, por lo cual se necesita un ojo muy experto para no engañarse. El cazador no debe apresurarse á tirar ni hacerlo de ningun modo cuando las gamuzas huyen, á no ser que no le quede otra esperanza de apoderarse de ellas. Es preciso aprovecharse del momento en que se paran para mirar y escuchar, siendo fácil llamar su atencion y detenerlas dando un silbido ó un grito breve. El que conoce las costumbres de este animal y se ha orientado bien de la naturaleza del terreno, puede decir con seguridad casi completa el sitio donde aquel se parará, de modo que mientras se acercan las gamuzas, el cazador puede apuntar su carabina desde luego á un lugar determinado hasta que lleguen á él.

»La manera de cazar estos animales por medio de batidas es muy variada y ofrece muchas peripecias; pues las pendientes, los barrancos y desfiladeros cambian á cada momento. Cuando las gamuzas oyen el ruido de los batidores á larga distancia y el punto donde se encuentran no se halla demasiado cercado por la línea de estos, suben muchas veces con toda confianza á una alta cima, permaneciendo en ella media hora ó mas antes de avanzar y dirigiendo de tiempo en tiempo sus miradas hácia la batida; pero en el momento en que divisan á un batidor, saltan con una rapidez increíble por una pendiente, desapareciendo en el barranco para presentarse otra vez en el punto mas escarpado de la roca. En parajes muy estrechos la manada va casi siempre por el mismo camino cuando los disparos no la inquietan; todos los individuos de aquella van saltando uno tras otro de abismo en

abismo ó descienden dando vueltas y rodeos sin detenerse. Les gusta esconderse en las espesuras de abetos enanos y apenas llega á comprenderse la rapidez con que penetran al través de sus ramas y troncos que se entrelazan é impiden la marcha. Cuando el viento es favorable la batida es fácil, pero una de las condiciones principales consiste en que los animales vean á los batidores, pues las piedras que se echan abajo, si bien los hacen levantar al caer cerca de ellos, no les inspiran por lo demás mucho cuidado. Conocen muy bien cuándo las piedras les pueden hacer daño ó no, pues si se hallan al abrigo de una roca saliente, continúan allí con toda tranquilidad á pesar de la lluvia de piedras que pasa sobre ellos. Cuando hay niebla, la caza de gamuzas no promete buen éxito, si no hay gran número de batidores, de modo que estos puedan adelantar en línea cerrada. Las rocas ofrecen en su conjunto muchos desfiladeros estrechos y hondonadas donde les gusta á las gamuzas ocultarse; cuando estas suben por dichos sitios y el cazador se encuentra arriba, es fácil tirarlas. Hay sitios donde regularmente se presentan grupos, y otros en que se observa un solo macho adulto; segun las circunstancias, puede el cazador tener conocimiento previo de ello, lo mismo que se tiene del número de zorros y de los caminos que conducen á una de sus madrigueras.

»Los machos viejos son por lo demás muy astutos y muchas veces he visto subir uno á lo alto de un barranco, mientras que un batidor descendia de otro cercano metiendo todo el ruido posible con sus gritos y silbidos. Con frecuencia sucede que las gamuzas se ocultan de tal modo que no aparecen sino cuando tienen ya casi encima á los batidores. Cuando el viento es fuerte no hay nada que las pueda hacer avanzar. Al acercarse á un grupo de estos animales, con frecuencia puede uno observar y divertirse al ver que las gamuzas están muy descuidadas, pues la mayoría del grupo confia la vigilancia á una hembra recién parida, la cual hace de jefe y cuando esta se pára para escuchar y mirar lo que se debe hacer, las otras se entretienen jugando y dándose cornadas, á no ser que los batidores se acerquen demasiado.

»En cuanto á la distancia, sobre todo á través de un barranco, es muy fácil engañarse y por eso mas de una gamuza se libra del tiro que se le dispara. Se considera como regla que la distancia es demasiado grande para tirar, cuando ya no se ven los cuernos del animal. El mejor tiro es el que da en el omoplato, pero muchas veces sucede que la gamuza queda gravemente herida; en este caso busca pronto un sitio en que esconderse, si bien, cuando se la persigue, ó se le echa un perro encima, huye y entra casi siempre en una cornisa, donde el perro no puede seguirla; entonces el cazador se acerca y de un tiro la precipita en el abismo. En las montañas escabrosas no pueden emplearse los perros á causa de las grandes pendientes, pero se encuentran allí con facilidad las huellas de sangre sobre el color gris de las piedras. A veces le es imposible al cazador llegar al sitio donde murió la gamuza, en cuyo caso tiene que abandonarla y darla por perdida.

»Cuanto mas agreste es el terreno, tanto mas hermoso es el aspecto que ofrece la cacería. En las altas regiones de las montañas de Berjtesgaden, de las del lago Funtn, de las del Simmelsberg, etc., el paisaje es bastante selvático y solitario, de modo que á veces parece que muchas de las aves que allí se encuentran no han visto jamás al hombre, pues vuelan con marcada curiosidad al rededor del cazador que se halla en acecho. Mas de una vez hubiera podido coger, con una red de mariposas, al magnífico *pico de carmin*; los grajos de de roca con sus rojas piernas se precipitan á veces sobre el sér humano desconocido para ellos. Produce un atractivo extraño el pisar sitios de los cuales bien puede decirse que

nunca los habia recorrido el hombre. Cuando en semejantes parajes pasa el cazador varias horas seguidas, embebido en sus pensamientos, y de pronto le saca de su abstraccion una lluvia de piedras, producida por una gamuza macho, que «negra como un demonio» aparece en el ángulo de una roca y desciende por la muralla acercándose mas y mas, entonces no es extraño que se apodere de aquel una excitacion indescriptible, como le sucede á mas de un novicio. Cuando ha dado en el blanco y cae la gamuza al barranco rodando por las rocas y las rosas alpinas, mientras el eco resuena de montaña en montaña, ¿cómo describir los sentimientos que dominan al afortunado tirador? Califiquenlo de placer material, de crueldad reprochable, de lo que quieran, en fin, cuantos censuran la caza y motejan á sus aficionados; nosotros los cazadores exclamaremos alegremente: «¡Viva la caza!»

USOS Y PRODUCTOS.—La carne de la gamuza iguala en sabor á cualquiera otra y hasta creo que es mejor que la de nuestro corzo, que generalmente se considera como la mas tierna y sabrosa de la caza alemana; puesto que la primera se distingue por un gusto aromático incomparable. Solo durante la época del celo tiene, segun se dice, un gusto que se parece un poco al olor del macho cabrío y á la carne de cabra, la cual, despues de preparada de cierto modo, la presentan muchas veces los posaderos suizos, tan industriales y tan ricos en invenciones, á los extranjeros, como carne de gamuza. La piel se utiliza para la fabricacion de un cuero excelente; los cuernos sirven para varios usos, y los pelos del espinazo, en suma, se usan tanto por los cazadores de oficio, como por los aficionados, para adornar los sombreros, aunque los últimos no hayan visto jamás una gamuza en libertad.

La gamuza representa en la poesia popular de los habitantes de los Alpes, precisamente el mismo papel que la gacela en los países orientales. Centenares de canciones la describen, así como las emociones de su caza, de un modo tan exacto como gracioso, y se intercalan fábulas muy variadas en su historia natural. Una supersticion general obliga al cazador á abrir el corazon del animal para beberse la sangre que en él se encuentra, con la confianza de que da fuerzas á sus músculos y sentidos y de que ahuyenta los temibles vértigos; otra creencia popular protege á las gamuzas blancas de la muerte; porque el que mata una de este color, acaba infaliblemente su vida despeñado en un abismo. La idea «de lo mio y de lo tuyo» se confunde en las cabezas mas inteligentes de los mas honrados montañeses, cuando se trata de la gamuza; el hijo de los Alpes ve en ella, aun hoy dia, su propiedad, y se cree con derecho á cazarla, dónde y cuándo quiera.

CAUTIVIDAD.—Las gamuzas pequeñas se domestican fácilmente, y se las alimenta con leche de cabra, yerbas sabrosas, coles, rábanos y pan. Cuando se tienen cabras dóciles, encárganse estas de criarlas, y se conservan muy bien. Las gamuzas, particularmente las jóvenes, tienen mucho de las costumbres de las cabras; juegan con los cabritillos y los perros, siguen á su amo y corren hácia él para recibir el alimento; pero siempre buscan las alturas, saltan á las piedras ó á los lienzos de pared, donde permanecen horas enteras. Aunque no tengan nunca tanto vigor como las gamuzas libres, las que se domestican parecen soportar muy bien la cautividad; suelen volverse salvajes cuando envejecen, y entonces saben servirse de sus cuernos.

Es muy fácil mantenerlas á causa de su sobriedad: cuesta poco alimentarlas si son jóvenes, y menos aun cuando llegan á viejas, pues antes de nacer, por decirlo así, están acostumbradas á las privaciones. En invierno no necesitan mas que un poco de paja debajo de un cobertizo; no se las puede tener en una cuadra, porque necesitan espacio y agua fres-

ca. Cuando son viejos los individuos que se cogen, conservan siempre su timidez y desconfianza.

Raras veces se propagan las gamuzas en la cautividad y cuando lo hacen, el guardián debe tener el mayor cuidado en refrenar la impetuosidad del macho.

Saufer obtuvo en 1853, segun Tschudi, una cria de su gamuza doméstica, cuya cria murió poco despues de nacer; en mayo de 1855 la hembra dió á luz otro hijuelo que gozaba de buena salud. En 1863 Schoepff tuvo el gusto de ver aparecerse á sus gamuzas cautivas, y en 30 de junio observó que en la hembra se presentaban los dolores del parto; siendo este difícil, se llamó á un médico, con cuya ayuda nació un macho sano. La hembra se mantuvo quieta durante la operacion, mas apenas se encontraron la madre y el cabrito de pié, cuando la primera empezó á dar fuertes cornadas á su hijuelo, al cual habria matado si no lo hubiesen separado de ella en seguida. Probablemente la hembra le demostraria tan poco cariño maternal, porque el pequeño habia sido tocado desde luego por manos humanas. Una cabra amamantó al cabritillo, el cual gozó de tan buena salud, y creció tan pronto que ya al año y medio era tan grande como la madre. Esta no volvió hasta el año siguiente á aparearse; era preciso tener al macho separado de la madre y del hijo porque era demasiado fuerte y malicioso; para aparearle habia que ejercer la vigilancia mas severa, porque cuando la hembra no queria admitirle, la perseguia furiosamente amenazándola con los cuernos, y sin duda la hubiera herido gravemente sin la intervencion del guardián. Schoepff y sus guardianes, todos armados de palos, estuvieron once dias en la cerca de los animales para impedir las arremetidas del macho que se hallaba sumamente excitado; pero despues de este tiempo, verificóse el apareamiento sin mas pernice. Al año siguiente los mismos animales se reprodujeron otra vez. Tambien se han criado gamuzas en Schenbrunn.

EL SAIGA—COLUS TATARICUS

CARACTERES.—El antílope de las estepas, la saiga ó saigak de los rusos, el *goronum* de los kalmucos (*Antílope Saiga* y *scythica*, *Capra* y *Saiga tataricus*, *Ibex imberbis*), muy frecuente en el nordeste de nuestro continente, se distingue por particularidades tan esenciales, que con razon se le considera como tipo de un género especial. Por sus formas se parece á la oveja, pero en cierto concepto tambien al reno. Sus formas son muy pesadas; el tronco grueso y recogido, las piernas delgadas y relativamente bajas; el pelaje en extremo largo y espeso, liso y lanoso. El rasgo mas característico del saiga es el hocico, y especialmente la estructura de la nariz. El hocico sobresale de la mandíbula, está comprimido desde la frente, dividido por un surco longitudinal; su piel es cartilaginosa, puede encogerse formando arrugas, por lo cual es muy movable; la punta es obtusa y en ella se encuentran las fosas nasales, cubiertas de pelo en su borde y desnudas en el centro; el conjunto del hocico forma una verdadera trompa y por lo mismo pudiera darse á todo el grupo el nombre de antílopes de trompa. Los cuernos nacen sobre las cavidades oculares y están bastante separados uno de otro; tienen la forma de lira; en su base llevan anillos poco marcados y rayas, en la punta son mas delgados y lisos, y por último su color es pálido y trasparente, las orejas, ocultas en su mayor parte por el pelaje, son cortas, obtusas, ásperas en su contorno y cubiertas en su interior de pelo velloso; los ojos, de tamaño regular, situados muy hácia atrás y en cavidades muy marcadas, tienen unos párpados casi desnudos, la pupila prolongada y el iris pardo amarillo; las pestañas, completas en el párpado superior, faltan en el centro del inferior. Las fosas